

# Diamantino García: In Memoriam

*Enrique Priego Díaz*

*Del Equipo Sacerdotal Sierra Sur.  
Pedrera (Sevilla).*

Quiero decirle que aquello que Mounier escribió, «toda la teología católica, toda la vida cotidiana católica no se comprende más que por la Encarnación continuada» lo ha vivido Diamantino García Acosta a lo largo de sus veinticinco años de párroco de Los Corrales y Martín de la Jara.

Ha fallecido a los 52 años, después de luchar tenazmente durante seis años contra la enfermedad que nos lo ha arrebatado. Y sin embargo su actividad ha sido tan normal que para muchos su muerte ha constituido una sorpresa. Sólo los más cercanos sabemos del mal, aunque no hacía gala de él sino todo lo contrario: siempre estaba mejor que ayer.

Diamantino se tomó muy en serio la encarnación. Cuando salimos del Seminario en el 69 teníamos claro que íbamos a los más alejados. Y, efectivamente, pedimos los pueblos más distantes de la capital, donde los párrocos eran como aves pasajeras. Nos destinaron a pueblos de la Sierra Sur sevillana. El sur siempre es sur. Había que permanecer y ser constantes para que a la larga el

trabajo pudiera ser eficaz y serio.

Diamantino tenía claro desde el principio que su vida debería ser lo más parecida posible a la de los jornaleros del pueblo que eran la mayoría. Y así, junto con el pueblo, experimentó la emigración para la recogida de las aceitunas, del espárrago, de la vendimia francesa, del paro, la explotación del trabajo en el campo o la humillación de cobrar el subsidio del desempleo agrícola... Pero todas estas situaciones fueron dignificadas por la presencia y la solidaridad de Diamantino «porque cuanto más se diluye la levadura entre la masa, mejor contribuye a fermentarla».

Cuando ya la enfermedad hizo presa en él, lo que más sintió fue el no poder trabajar en la vendimia. Su correcto francés le ayudó a prestar un buen servicio. Es a partir de entonces cuando dedica gran parte de su tiempo a implantar por Andalucía la Asociación pro Derechos Humanos. Ya no le bastaba con defender los derechos de los jornaleros a través del Sindicato de Obreros del Campo, del que fue cofundador,

sino que era consciente de que había otros sectores de nuestra sociedad que habían quedado más marginados: gitanos, emigrantes ilegales, chabolistas, presos...

Él decía: «si nuestra misión tiene sentido es estando en medio de los pobres para conocer, amar, combatir y ofrecer motivos de esperanza a estas personas con tan difícil horizonte de vida». Él estaba convencido de que el Evangelio sólo puede ser propuesto y ofrecido mediante una vida arriesgada en favor del hombre, de los pobres. La misión hay que vivirla acompañando a la gente silenciosamente para que de este testimonio de presencia y de compromiso broten la comunión, la fe, la mutua confianza.

Diamantino fue un gran utópico del Reino y poseía una gran capacidad para contagiarnos sus esperanzas. Junto a él ni se podía ser pesimista ni se podía estar inactivo.

Como verá, señor Director, la vida de Diamantino estuvo en mucha sintonía con la obra que yo sé de Mounier. **A**